

Sinopsis de un proyecto de investigación sobre la cultura obrera socialista en España

Francisco de Luis Martín
Universidad de Salamanca

Tal y como se apunta en el expresivo título de este artículo se trata aquí de exponer de forma sintética las principales aportaciones de una trayectoria investigadora sobre las realizaciones de una parte importante del movimiento obrero español (el de las organizaciones socialistas) en el campo de la cultura y de la educación desde finales del siglo XIX hasta la guerra civil. Respondiendo a la petición de Con-Ciencia Social, el trabajo se apoya en una "lectura" compendiada de la propia obra que comparece sistemáticamente citada y recogida al final en las referencias bibliográficas.

La principal tarea investigadora que vengo desarrollando desde hace más de veinte años forma parte de la historia socio-cultural del movimiento obrero en España y puede decirse que cuando la inicié era una *terra incognita* dada la práctica inexistencia de bibliografía al respecto¹. Desde un enfoque interdisciplinar, pretende abordar la reconstrucción y el análisis de los discursos, planteamientos, proyectos, iniciativas e instituciones desarrolladas por el socialismo español en el campo de la educación y la cultura desde finales del siglo XIX hasta 1939, aunque sin dejar de hacer alguna incursión en etapas posteriores. Como he intentado demostrar, a partir del comienzo de la segunda década del siglo pasado el socialismo se ve abocado a abandonar un *proyecto cultural obrerista* que, impulsado por un pe-

queño grupo de obreros autodidactas –Álvaro Ortiz, Juan José Morato, Juan Almela Meliá, Francisco Doménech, Felipe Carretero, Tomás Meabe, Eduardo Torralba Beci...– no había logrado cuajar y comienza a incorporar otro, más realista pero a la vez menos autónomo, cuyo objetivo era básicamente la apropiación de una cultura más general, de la cultura a secas, y que tendrá su periodo de máximo apogeo entre 1923 y 1933. A partir de 1934 y como consecuencia sobre todo de la radicalización política e ideológica del sector socialista liderado por Largo Caballero y del nuevo papel cultural jugado por las Juventudes Socialistas, se intentará formular un nuevo proyecto pretendidamente revolucionario y en el que la influencia de las realizaciones soviéticas y el deseo de continuar o heredar el primer proyecto cultural

¹ No deja de ser sintomático que mi primer trabajo publicado fuera el titulado "Fuentes para el estudio de la educación del obrero en el socialismo español (1876-1936)" (vid. Luis Martín, 1988-89). Aunque mi investigación estaba prácticamente inédita en España, hubo autores en los que desde el comienzo encontré alguna ayuda conceptual, metodológica o temática. Estos autores procedían de muy diversos campos. En el de la historia de la educación se situaban Manuel Pérez Galán, Antonio Molero Pintado, Jean-Louis Guereña, Alejandro Tiana, Pere Solà o Antonio Mayordomo. Historiadores de la literatura eran José Carlos Mainer, Pilar Bellido y Raymond Williams. Entre los historiadores del arte estaban Donal Drew Egbert, Jaime Brihuega y Valeriano Bozal. Historiadores con diferentes especializaciones eran Manuel Tuñón de Lara, José Álvarez Junco, Lily Litvak, Eric Hobsbawm, Mario Scascighini, Franco Borsi, Santos Juliá, Manuel Pérez Ledesma, Maurizio Degl'Innocenti o Carlos Serrano. Algunas acotaciones al tema se encuentran en Luis Martín, 2003.

socialista –al menos en su caracterización como proyecto de clase– constituyen sus notas más relevantes. No obstante, la realidad fue bastante más compleja, pues, si en la primera etapa hubo dirigentes y organizaciones sindicales que continuaron defendiendo un proyecto obrerista, en la segunda no fueron pocos los que rechazaban la nueva cultura revolucionaria (vid. Luis Martín, 2004).

Dadas sus características temáticas, mi propuesta de investigación se encuentra a caballo –y de todas ellas toma algo prestado conceptual o metodológicamente– entre la historia social, la historia de la educación, la historia cultural y la genéricamente denominada historia de las mentalidades. Y es que si por un lado pretende contribuir a analizar, desde un punto de vista teórico, las relaciones entre el discurso ideológico y el pensamiento educativo del socialismo, por otro trata de estudiar, en una vertiente esencialmente práctica, la realidad de lo que fue su proyecto cultural y los esfuerzos encaminados a dotar a sus militantes de una nueva mentalidad de acuerdo o en consonancia con ese proyecto. Es, por tanto, una propuesta abierta e interdisciplinar que no conoce de fronteras corporativas ni de acotaciones de exclusividad, no enfeudada a escuela o corriente alguna e integradora de campos, saberes y metodologías diversas (cfr. Luis Martín y Arias González, 2002).

En relación con los objetivos planteados, la elección del marco cronológico no resulta ni caprichosa ni arbitraria. Para la élite dirigente del socialismo español en aquellos años, la construcción de un nuevo modelo de sociedad debía ir precedida inevitablemente de un nuevo modelo de obrero, el cual debía ser, a un tiempo, culto, sobrio, libre de prejuicios, conocedor de sus derechos como ciudadano y de sus deberes como afiliado, íntegro moralmente, de intachable conducta pública y privada, en definitiva. Y todo ello exigía, desde una perspectiva eminentemente idealista de la realidad social, un esfuerzo de educación no exento de adoctrinamiento, del que se confiaba en obtener no sólo el progreso social y la superación de la desigualdad, sino también la consolidación y el crecimiento de las organizaciones militantes y aún la misma

emancipación de la clase obrera. Se estableció, en suma, una estrecha y diáfana relación entre táctica política reformista –claramente definida después de que la escisión comunista liberase al partido y al sindicato de sus miembros más radicalizados– y preocupación prioritaria por la instrucción de los obreros asociados. Pero, reconocida esta relación teórica, lo que fundamentalmente me ha interesado averiguar es si, más allá de las grandes declaraciones, ese giro ideológico y táctico de carácter reformista implicó de hecho una mayor preocupación por la educación y la cultura de los militantes. En otras palabras, me interesaba analizar, sobre todo, la propuesta educativa y cultural que el socialismo hizo a sus asociados, sus nutrientes básicos, las fuentes en que bebía y el alcance de la misma. En ese sentido, conviene aclarar que los socialistas usaron los conceptos “cultura” y “educación” en sentido equivalente. Ambos términos aludían a una misma realidad –la formación del obrero– y se empleaban indistintamente para referirse a las mismas cosas –los instrumentos para lograrla. Descuidando aspectos hoy incorporados por la antropología al análisis del acervo cultural de todo grupo humano, como las manifestaciones espontáneas, la cultura oral o la cultura material, el concepto de cultura utilizado por el socialismo respondía a un planteamiento restrictivo de carácter teórico e intelectual que procedía del positivismo decimonónico, aunque con raíces en el siglo XVIII, y que era común, por otro lado, a otras corrientes de pensamiento burguesas. Ese concepto se refería, esencialmente, a las formas del conocimiento y, más específicamente, a una formación artístico-humanista, en claro contraste con las aportaciones posteriores del marxismo-leninismo (vid. Luis Martín, 1993a y 1994).

En relación a los proyectos, iniciativas e instituciones educativo-culturales desarrolladas por el socialismo me han interesado especialmente, como antes señalé, determinadas cuestiones, como las causas de su aparición, las influencias recibidas, los objetivos que se marcaron y los que efectivamente consiguieron, las resistencias y dificultades que encontraron tanto dentro como fuera de sus filas o la incidencia real

que lograron sobre la masa de militantes. Todas estas cuestiones han requerido un tratamiento metodológico presidido por el respeto a las exigencias propias del trabajo histórico aplicado al campo de la educación y la cultura en sus relaciones con el mundo obrero. He procurado realizar un análisis pormenorizado y exhaustivo de las entidades educativo-culturales más representativas del socialismo español, precedido del estudio de los programas, las declaraciones y aun las opiniones más autorizadas en ese terreno. El esfuerzo se ha visto compensado por el hallazgo de datos y materiales muy abundantes, significativos y con frecuencia inéditos. No obstante, he procurado seguir en todo momento una orientación estructural o globalizante, holística si se quiere, que me permitiera formular interpretaciones totalizadoras del fenómeno estudiado. Por otro lado, la complejidad de ese objeto, que abarca aspectos heterogéneos como la educación formal e informal, la lectura, la música, el deporte o el arte, ha requerido también un enfoque interdisciplinar, tal y como indicaba anteriormente, recogiendo aportaciones propias de cada una de las disciplinas que se ocupan específicamente de aquellos aspectos.

De este modo, una parte de mi obra ha tratado de recoger y estudiar el pensamiento socialista sobre la educación y la cultura desde los planteamientos más genéricos, y que tenían como destinatarios a la generalidad de los militantes, hasta aquellos más concretos que afectaban a determinados cuadros o grupos, como el de los campesinos

y las mujeres¹, o que abordaban, de manera más específica, aspectos como el ocio, la literatura o el arte. Ha sido, sin embargo, el análisis de la oferta educativo-cultural del socialismo, es decir, de la actuación desarrollada por los distintos aparatos y entidades que en ese terreno crearon las diferentes organizaciones militantes, el que ha ocupado el núcleo central de buena parte de mi trabajo. He procurado así desentrañar hasta qué punto dichas instituciones formaban parte o no de un conjunto o sistema articulado que pretendía ser una respuesta orgánica y adecuada a las necesidades culturales de los afiliados. La Escuela de Párulos de la Fundación Cesáreo del Cerro; la oferta de enseñanza primaria, es decir, las escuelas sostenidas por Centros Obreros y Casas del Pueblo; la formación profesional; la preparación doctrinal y societaria y, finalmente, un conjunto muy variado de iniciativas educativas, configuran otros tantos capítulos de mi investigación². Pero no han sido los únicos. En otros he abordado la realidad y los límites de las bibliotecas obreras, con una atención especial hacia la de la Casa del Pueblo de Madrid, sin duda la más importante de todas; la labor editorial socialista desde sus primeros pasos hasta la creación y puesta en marcha a mediados de los años veinte de la Gráfica Socialista y otras experiencias posteriores; la génesis y realizaciones de las asociaciones artístico-socialistas, con sus grupos teatrales, cuadros musicales y asociaciones literarias; la narrativa obrera, la iconografía socialista, la actuación de las organizaciones deportivas

² En relación al tema de la mujer y la familia, recientemente he iniciado un nuevo campo de investigación que tiene evidentes conexiones con elementos nucleares del trabajo que he venido desarrollando durante estos años, como son el de la mentalidad, la educación de los hijos o los préstamos de corrientes de pensamiento situadas extramuros del propio socialismo. Una primera aportación a ese campo se encuentra en Luis Martín, 2009.

³ Algunas de mis publicaciones sobre estos temas son las siguientes: "Un proyecto educativo-cultural socialista: la Fundación Cesáreo del Cerro" (Luis Martín, 1988); "Dos experiencias socialistas de Formación Profesional en el primer tercio del siglo XX: las Escuelas de Aprendices Tipógrafos y de Aprendices Metalúrgicos" (Luis Martín, 1990a); "Socialismo y educación en España: las escuelas primarias obreras en la década de los años veinte" (Luis Martín, 1991a); "La educación del obrero en las Casas del Pueblo socialistas" (Luis Martín, 2001a); "Alfabetización y prácticas de escritura en los obreros socialistas (1879-1936)" (Luis Martín, 2002a); "El asociacionismo cultural obrero en la España del primer tercio XX" (Luis Martín, 2008).

o, por no hacer muy extensiva la lista, la de los grupos esperantistas⁴.

Las fuentes utilizadas en estos trabajos bien podrían agruparse en cuatro grandes apartados o categorías. El primero lo configuran los numerosos documentos inéditos localizados, provenientes, en su mayor parte, de las Fundaciones Pablo Iglesias y Francisco Largo Caballero, de Madrid y del Archivo Histórico Nacional, Sección Guerra Civil, hoy Centro Documental de la Memoria, de Salamanca. Otros centros archivísticos consultados han sido la Biblioteca Nacional, el de la Villa de Madrid, el Municipal de Barcelona o el Instituto de Historia Social de Amsterdam. El segundo está formado por las fuentes documentales impresas. Aunque todas ellas han devenido esenciales para el desarrollo de las investigaciones, quizá debería destacar los estatutos y reglamentos de algunas entidades y la información aportada por las memorias y actas de los congresos celebrados por el PSOE, la UGT, las Juventudes Socialistas o la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza (FETE). Un tercer grupo es el constituido por las colecciones, libros, folletos, memorias, ensayos y conferencias impresas que arrojan alguna luz sobre los temas de estudio. Es sabido que el socialismo español no fue muy prolífico en la producción de obras teóricas. Para el tema de la educación y la cultura, la producción bibliográfica, en lo que a monografías se refiere, está reducida a su mínima expresión. He encontrado, en cambio, un cierto número de libros y folletos que, sin presentar un carácter específicamente pedagógico o cultural, hacen alguna reflexión sobre él o sobre algunas de las realizaciones llevadas a cabo en ese terreno. Singularmente interesantes

han sido las pocas obras pedagógicas escritas por militantes socialistas como Rodolfo Llopis, Manuel Alonso Zapata, Juan Comas, Dionisio Correas, Fernando Sainz o Antonio Ballesteros. El cuarto grupo incluye las publicaciones periódicas. En ellas he localizado no sólo el mayor caudal de información sobre iniciativas y actividades, sino también reflexiones teóricas, análisis, comentarios y debates varios en torno al entramado educativo socialista. Sin duda, *El Socialista* ha constituido la fuente de consulta más importante pero no la única. Otras cabeceras consultadas han sido *La Lucha de Clases*, *Renovación*, *Acción Socialista*, *Revista Socialista*, *El Socialismo*, *Vida Socialista*, *La Unión Obrera*, *el Boletín de la Unión General de Trabajadores*, *Claridad*, *Democracia*, *Leviatán*, *Revista de Pedagogía*, *Revista de Escuelas Normales*, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, los *Almanques de El Socialista*, *La Nueva Era*, *Trabajadores de la Enseñanza*, *El Magisterio Español*, *El Magisterio Nacional*, *Educación Proletaria*, *FETE*, *Nuestra Escuela* y numerosos Boletines de sindicatos y sociedades obreras.

Del conjunto de los trabajos realizados pueden extraerse algunas conclusiones. Una de las más interesantes es la de que para los cuadros dirigentes del socialismo español la educación de la clase obrera organizada se convirtió muy pronto en un elemento cardinal de su estrategia y de su proyecto político. El afán pedagógico fue, sin duda, una de las principales señas de identidad del socialismo español. La educación, convertida en factor de cambio social y, para algunos, en la solución de los problemas de la clase obrera y, por tanto, en el camino que conducía a su emancipación, dejaba de ser, definitivamente, algo marginal o subsidiario en el conjunto de las preocupaciones socialistas (vid.

⁴ Sobre estos asuntos hemos dado a las prensas trabajos, algunos en colaboración con mi amigo Luis Arias González, como, por ejemplo: "La cultura en la Casa del Pueblo de Barruelo de Santullán: el Cuadro Artístico-Socialista (1918-1936)" (Luis Martín, 1990b); "El cuento en la cultura socialista de principios del siglo XX: aproximación a la obra de Juan A. Meliá" (Arias González y Luis Martín, 1989); *La narrativa breve socialista en España. Antología (1890-1936)* (Arias González y Luis Martín, 1989); un estudio histórico en la edición del *Catálogo de la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid (1908-1939)* (vid. en Franco Fernández, 1998); "Aproximación al esperantismo socialista en España" (Luis Martín, 1995a); "Iconografía obrera: imágenes y símbolos visuales del 1º de mayo en 'El Socialista' (1893-1936)" (Luis Martín y Arias González, 1996); *Centros obreros y Casas del Pueblo socialistas en España, 1900-1939* (Luis Martín y Arias González, 2009).

Luis Martín, 1999). Para buena parte de los líderes socialistas era de la ignorancia de lo que había que emancipar prioritariamente a los obreros. De esta manera, adquiría carta de naturaleza, al tiempo que se generalizaba, una línea de pensamiento que, con antecedentes en figuras como Antonio García Quejido, Juan José Morato, Francisco Doménech, Tomás Meabe o Jaime Vera, se había ido instalando en el socialismo, especialmente desde que los primeros intelectuales filoinstitucionistas, como Julián Besteiro, Fernando de los Ríos, Núñez de Arenas, Andrés Ovejero o Rodolfo Llopis irrumpieron en sus filas a comienzos del segundo decenio del siglo. Los socialistas reiterarán machaconamente, quizá queriendo convencer con su insistencia a determinados sectores burgueses y a quienes les acusaban de “materialistas”, que la suya no era una revolución “gastronómica” o puramente material, sino, básica y esencialmente, espiritual, en la que los valores educativos, culturales y morales jugaban un papel de primer orden.

La educación del obrero estuvo cargada de significación ideológica. No se trataba sólo de una apetencia de saber o de superar la desigualdad intelectual con respecto a otras clases sociales –lo cual ya era de por sí sumamente importante– sino también de que los trabajadores tomaran plena conciencia de su problemática, asumieran racionalmente los postulados socialistas del momento y conocieran –para luego transformar según esos mismos postulados– el mundo que les rodeaba. La educación y la cultura se convertían así en instancias preparatorias y coadyuvantes de la futura revolución social. El socialismo confiaba a la educación de las masas y de sus militantes su consolidación y crecimiento. El ejemplo del laborismo inglés, receptor de un extenso apoyo social que le había permitido incluso acceder al poder, estaba presente, sin duda, en la mente de muchos dirigentes. La victoria del ideal socialista no pasaba ya necesariamente, como el caso del laborismo parecía indicar, por la vía de la violencia, sino por un lento pero seguro proceso de transformación social apoyado en la educación y la cultura de las masas trabajadoras. Según este esquema, la pobreza intelectual

del obrero se había convertido en el más firme bastión del caciquismo y del dominio político de las fuerzas reaccionarias en España. Con la ignorancia de amplias capas sociales, esas fuerzas habrían forjado su principal instrumento de explotación. Era preciso, pues, acabar con esa situación como condición previa y necesaria para proceder a la transformación del Estado. De ningún modo, la lucha política y la conquista de la cultura debían ser objetivos contrapuestos, sino, muy al contrario, fines convergentes. Política y pedagogía quedaban así íntimamente entrelazadas en el pensamiento socialista.

La humanización de la lucha de clases fue también uno de los objetivos básicos de la educación de los obreros. En realidad, el acceso a la educación y la cultura representaba, a juicio de muchos dirigentes, un elemento capital –para algunos el más importante– de esa lucha. En primer lugar, en un sentido cronológico, por cuanto la educación de las masas era una fase por la que había que pasar necesariamente. Sin una preparación adecuada del obrero, que le pusiera en condiciones de desempeñar con éxito las futuras responsabilidades sociales y de poder, era impensable e incluso inconveniente la victoria frente al enemigo. La educación no era, por consiguiente –como se había preconizado durante algunas etapas del socialismo y como se volverá a preconizar a partir de su radicalización en la última fase de la República– posterior a la revolución, sino anterior a ella. En segundo lugar, en un sentido cualitativo, porque el socialismo era ahora plenamente consciente de que la lucha de clases no se podía plantear exclusivamente en el terreno social o laboral, sino también, y especialmente, en el de la educación y la cultura. Aunque para la mayor parte de los dirigentes este reconocimiento no suponía otra cosa que la firme voluntad de que los obreros accedieran a los bienes culturales, a la cultura a secas, para una minoría implicaba, en cambio, la necesidad –partiendo de la base de reconocer la existencia de dos mundos culturales enfrentados– de potenciar o crear, en su caso, una cultura obrera socialista. En cualquier caso, para unos y otros, la necesidad de elevar por

todos los medios posibles el nivel intelectual de los obreros, erradicando aquellos factores que tradicionalmente lo habían impedido, se convirtió en algo urgente y prioritario. La lucha por la transformación del sistema público de enseñanza y la creación de instrumentos propios de cultura ocuparon buena parte de la atención del socialismo español a partir sobre todo de los años diez del siglo pasado (vid. Luis Martín, 1995b y 1997).

Hasta aquí los planteamientos teóricos. Si confrontamos ahora éstos con la práctica educativa y cultural desplegada obtendremos una serie de conclusiones que, a efectos de una exposición más ordenada, he agrupado en tres grandes apartados.

En primer lugar, la utilización que hizo el socialismo de dos vías complementarias de formación obrera. Por un lado, una vía que podemos llamar informal, que consistió en la organización de charlas, conferencias, cursos breves, veladas, festivales, actos de propaganda y otras actividades diversas. Muchas veces se confunden aquí los objetivos puramente educativos, culturales o científicos en sentido estricto con otros de carácter societario y de formación política. En realidad, ambos estaban tan íntimamente entrelazados que resulta difícil distinguir donde comenzaba lo cultural y terminaba lo ideológico o doctrinal. Una segunda vía, ésta de carácter formal, consistió en la creación de organismos e instituciones para la educación y la cultura de los obreros. Organismos e instituciones que iban desde las escuelas de enseñanza primaria y los centros de formación profesional a los grupos deportivos o artísticos. A medio camino entre ambas vías habría que incluir, entre otras actividades, la constitución de bibliotecas, la labor editorial desarrollada y el papel que, como creador y transmisor de valores educativos, jugó la prensa obrera, en general y *El Socialista*, en particular. A través de todos estos actos y entidades, el socialismo desplegó una labor educativa y social que no puede ser desdeñada, sobre todo si tenemos presente la indiferencia general, con muy pocas excepciones, por la educación y la cultura de los obreros (vid. Luis Martín, 1998a y 2001b). En nuestra opinión, fue esa indiferencia de la sociedad y de los poderes públicos uno

de los factores que impulsaron a los socialistas a abrir y mantener escuelas y centros de formación profesional en un momento en que habían apostado claramente –lo habían hecho desde el congreso del PSOE de 1918– por la educación de las masas a través del sistema público de enseñanza.

Una segunda conclusión que se desprende de nuestro estudio es la desproporción existente entre deseos y realidades, entre aspiraciones y conquistas. Aunque, como acabo de señalar, la labor educativa emprendida no puede ser desdeñada, ha de reconocerse también que muchas iniciativas no llegaron a cuajar definitivamente y que, sin apenas excepción, el alcance de todas ellas fue más bien limitado. Y esto no sólo porque la influencia socialista distara mucho de ser hegemónica entre la clase obrera, sino porque entre sus mismos militantes aquellas instituciones encontraron, en no pocas ocasiones –como reiteradamente manifestaban las quejas de sus responsables–, una insuficiente resonancia. A veces, la impresión que se obtiene es la de que las bases socialistas no respondieron satisfactoriamente o en la medida apetecida a los consejos y llamadas de sus dirigentes. Alguno hubo incluso que, afligido por el limitado apoyo, llegó a insinuar que a los obreros no les preocupaban demasiado las cuestiones de educación y de cultura. Sin duda, las condiciones sociales y económicas de la clase trabajadora en España –muy lejos de los niveles alcanzados por la de otros países europeos–, su tradicional apatía cultural, favorecida por una política oficial de clara inhibición al respecto, el estigma del analfabetismo, que frenaba las posibilidades de un mayor desarrollo cultural, y quizá también la falta de un clima apropiado en los sindicatos y sociedades obreras para el trabajo educativo y cultural, por el desasosiego que creaba la actividad reivindicativa, fueron algunos de los elementos que condicionaron negativamente aquella respuesta. Es posible también, como algunos estudiosos han sugerido, que la escasa adhesión a las iniciativas propuestas pueda explicarse si tenemos en cuenta que quizá un alto porcentaje de afiliados no se consideraba parte viva de las organizaciones y tomara a éstas como lo que externa-

mente eran: entidades de servicio de las cuales obtenían beneficios pero con las que no había compromiso ni identificación personal. O quizá haya que pensar, ante todo, que la educación y la cultura vehiculadas atrajo sólo a unos grupos minoritarios de militantes que incluía a la vanguardia consciente del socialismo, a la llamada aristocracia obrera, a los militantes cultos (“lectores”) y a aquellos que ambicionaban mejorar su situación social y personal, mientras que la gran masa de los obreros, las bases sociales, la de los sindicatos y agrupaciones locales y provinciales, vivían mucho más cerca –al menos mucho más de lo que cabía pensar– de la denominada cultura “popular”, con sus lugares típicos de sociabilidad y sus manifestaciones más tradicionales, es decir, las romerías y corridas de toros, los carnavales, las coplas y canciones populares, las tabernas y cafés, el fútbol, la subliteratura popular, la cultura de transmisión oral, etc. Sería posible, por tanto, hablar de una cultura obrera dividida o de una doble cultura socialista, “cultura” una, la de los dirigentes y cuadros superiores de las organizaciones militantes, y “popular” la otra, la de las bases (vid. Luis Martín y Arias González, 2003 y, también, 1991).

Sea como fuere, lo cierto es que la propaganda y los medios arbitrados por los dirigentes socialistas para contrarrestar aquellos factores “negativos” y concienciar a los militantes de la necesidad de atender prioritariamente a su educación intelectual, artística o deportiva, no fueron tan efectivos como, sin duda, ellos esperaban. Y no valdría argumentar que lo prioritario para esos dirigentes era penetrar en la estructura educativa del Estado y no la creación de aparatos propios de elaboración y difusión cultural, por cuanto esa prioridad, que efectivamente podía existir, había entrado en un estado de hibernación durante la Dictadura de Primo de Rivera. Si hubo un terreno en el que los socialistas nada podían esperar del dictador –al menos desde un punto de vista cualitativo– ese era el de la educación. El régimen y la Iglesia lo monopolizaron sin concesiones. Incluso la Asociación General de Maestros, el sindicato docente socialista que debía servir para la conquista del Ma-

gisterio o, al menos, como puente entre él y el socialismo, sufrió un hundimiento casi total en esta etapa, del que no se recuperaría hasta después de la proclamación de la Segunda República. Pero, en realidad, ambos objetivos –la modificación de la estructura educativa pública por un lado y la creación de aparatos de formación de militantes por otro– no eran incompatibles y de hecho, como ya indiqué, procuraron compaginarlos siempre, independientemente de la concreta coyuntura política (cfr. Luis Martín, 1998b).

Una característica de ciertas actividades e instituciones educativas puestas en pie por el socialismo español fue su carácter dependiente respecto a otras experiencias llevadas a cabo por algunos de sus homónimos europeos. Como en otros campos, también aquí los socialistas fueron a remolque de lo que se hacía en el extranjero, acusando una notable falta de originalidad. La importación de modelos foráneos, como en el caso de la Escuela Cesáreo del Cerro, la Escuela Obrera Socialista o los intentos de crear una Central de Educación Obrera, fue una constante a lo largo de estos años. Con frecuencia, los líderes socialistas manifestaron que, en punto a la educación del obrero, los ejemplos de los socialismos belga, alemán e inglés, fundamentalmente, marcaban con claridad el camino a seguir. Sin embargo, sólo cabe hablar de una pobre imitación. Las grandes realizaciones educativas de aquellos países —el Colegio Ruskin y la Asociación para la Educación del Obrero, en Londres, el Internado de Linz, la Escuela Socialista de Francfort o la Central de Educación Obrera de Bruselas, por citar sólo unas pocas— jamás tuvieron un correlato fiel en el nuestro. El carácter embrionario de la obra cultural desarrollada por el socialismo español en comparación con la de otros socialismos, no ofrece duda. *El Socialista* mismo así lo reconocía cuando, en diversos editoriales publicados a finales de los años veinte, declaraba que la obra de educación del obrero en España no había hecho más que comenzar (vid. Luis Martín, 1989 y 1991b).

La dispersión y el localismo fue otra de las características de la oferta educativa socialista. Las iniciativas creadas, a excepción de unas pocas, responden más al interés e

inquietud de unas cuantas personas llenas de tesón y voluntarismo que a un proyecto claro, coherente y estructurado de los órganos directivos del movimiento socialista. Al mismo tiempo, tales iniciativas aparecen aisladas unas de otras, sin ningún nexo de unión y, con frecuencia, sin ninguna relación entre sí. No hubo en todo este tiempo un plan coordinado de acción que procediera a su unificación y cuantos intentos se realizaron en este sentido, pocos y sin intensidad, acabaron, como he podido estudiar, en fracaso. Este carácter de empresas personales o de grupos concretos y dispersos es, a mi juicio, una de las notas dominantes de la práctica educativa y cultural del socialismo español a lo largo de esta etapa (vid. Luis Martín, 1993b).

Finalmente, no se puede dejar de reconocer que la precariedad en medios humanos y materiales que caracterizó al socialismo durante todos estos años tuvo consecuencias muy negativas en el conjunto de las actividades desplegadas. A la falta de hombres sólidamente preparados en el campo de la educación de masas y en el de la formación de cuadros dirigentes –queja reiterada por Besteiro, entre otros- se unió una agobiante falta de recursos financieros que explica, en gran medida, el fracaso de algunos empeños como la Fundación Pablo Iglesias o la Editorial del mismo nombre. Esa misma falta de recursos condicionó seriamente el desarrollo de muchas de las iniciativas, impidiendo, en algunos casos, que alcanzaran mayores vuelos.

Aunque el movimiento socialista tuvo sus propios aparatos de producción y difusión cultural –y ésta sería la tercera y última conclusión- no parece que se pueda hablar de una educación y de una cultura genuinamente socialistas. El plan de estudios de sus escuelas apenas se diferenciaba, por lo que sabemos, del de otras escuelas laicas. No debemos olvidar a este respecto que principios pedagógicos básicos de aquellos centros, como el laicismo o la educación racional, habían sido elaborados fuera del

ámbito socialista. Por otro lado, los aspectos más importantes, teóricos y metodológicos, de la enseñanza impartida en la Escuela Cesáreo del Cerro bebían directamente del ideario de la Institución Libre de Enseñanza y del movimiento europeo de la Educación Nueva. Las deudas y conexiones en el campo educativo con los planteamientos de la burguesía progresista e ilustrada española y europea –como ponía de manifiesto también el programa de enseñanza pública defendido por el socialismo- parecen fuera de toda duda, aunque se mantuvieran algunas diferencias respecto al alcance o los fines últimos de la “revolución educativa” a la que se aspiraba. No se registró tampoco influencia alguna del pensamiento pedagógico marxiano –en realidad apenas se cita a Marx y da la impresión de que, con la excepción de un minoritario grupo de maestros radicales afiliados a la AGM, eran desconocidos sus textos y planteamientos educativos- ni del elaborado por el PCUS tras la revolución bolchevique⁵. La ponencia de enseñanza aprobada por el XII Congreso del PSOE (1928), así como la intervención de Rodolfo Llopis en su discusión, muestran fehacientemente la opción del socialismo por una escuela racional y humana frente a la escuela de clase o proletaria. Por otra parte, el entusiasmo de Llopis en esta época –otra cosa sería más tarde- por las realizaciones educativas soviéticas da la impresión de que era tan solo eso, un reconocimiento a la formidable labor de alfabetización y siembra de escuelas y centros culturales realizada por los bolcheviques. No parecía, en cambio, que hubiera comunión con los principios rectores de la educación y la cultura vehiculados entonces por el PCUS. Sólo tras la radicalización de un importante sector del socialismo en la última etapa de la República y el nombramiento de César García Lombardía como Secretario General de la FETE –lo que suponía el control de la organización por el grupo revolucionario y comunista de la Internacional de Trabajadores de la Enseñanza (ITE)- el mundo cultural soviético

⁵ Sobre algunos de los vectores ideológicos y sus tradiciones culturales presentes en los dirigentes socialistas puede ser de interés la consulta de Luis Martín, 2002b.

será tomado como modelo y referencia. Para entonces ya se había entrado, tanto política como intelectualmente, en el “o Moscú o Berlín” (vid. Luis Martín, 2002c y 2006).

Por otra parte, y sin negar la existencia de una producción cultural obrera, parece innegable una fuerte presencia de la cultura burguesa en las realizaciones socialistas. Y no sólo porque los modelos de referencia más próximos se encontraran en un entorno cultural ajeno al socialismo, sino porque es probable que éste, en su afán de salir de la marginalidad cultural, buscara conscientemente apropiarse de aquellos modelos para ponerlos al alcance de sus militantes. El acceso a la cultura a secas, sin adjetivos, fue uno de los principales objetivos del socialismo en estos años. A excepción de unos pocos, nadie parecía soñar seriamente en la posibilidad de constituir una cultura obrera radicalmente nueva, forjada con elementos propios. En realidad, la ausencia de estos elementos o, al menos, de elementos culturales de calidad, obligaba a buscar en los campos ajenos lo que con frecuencia no se encontraba en el propio. Lo que, en cambio, sí pareció preocupar a los dirigentes socialistas fue la necesidad de vehicular entre los obreros una cultura progresista a través de lo que ellos mismos gustaban de llamar “obras de tendencia socialista”. Esta cultura, como ya indicara José Carlos Mainer hace tiempo, respondía más al concepto y carácter de una tradición democrática, alimentada ampliamente de las lecturas de la pequeña burguesía, que al de una cultura obrera. Parece clara, pues, la obsesión de mimetismo de la voluntad cultural socialista e incluso, teniendo en cuenta las deudas recibidas y el propio concepto de cultura manejado actualmente por antropólogos e historiadores, cabe cuestionarse la existencia de una auténtica cultura socialista, aunque no, ciertamente, la de una mentalidad obrera socialista⁶.

Para una correcta lectura e interpretación de esta realidad es esencial, y a ello he dedicado no poco esfuerzo, tratar de aprehender la voluntad cultural de las cúpulas dirigentes del socialismo español; cúpulas

que en esta etapa están configuradas básicamente por dos grupos: el de los intelectuales que proceden o han sido influidos directamente por el institucionalismo y el formado por una aristocracia obrera –“estrato burgués de los trabajadores”, en palabras críticas de Bakunin– de la que saldrán los líderes sindicales. Si el primero trae consigo planteamientos culturales de signo burgués, avanzados y progresistas pero en absoluto marxistas ni leninistas, los integrantes del segundo, con una formación cultural fragmentaria y autodidáctica, también están influidos, aunque lógicamente en una escala menor, por esa cultura burguesa de izquierdas. Ambos grupos, por otro lado, habían propiciado desde el comienzo de la segunda década del siglo –aunque con antecedentes en años anteriores– un frente común político e intelectual de la burguesía democrática y el movimiento socialista contra las fuerzas conservadoras y reaccionarias del país. Este frente provocó, como es sabido, contactos e impregnaciones mutuas entre sus miembros, pero sobre todo del socialismo respecto de la cultura burguesa. Fenómeno éste que no resulta en modo alguno excepcional o particular de nuestro país, por cuanto la influencia de los parámetros culturales burgueses en las clases obreras o en determinados sectores de las mismas fue común a gran parte de Europa. Es cierto, sin embargo, que en el socialismo español –y este hecho también se dio en mayor o menor escala en otros países–, al margen de los dos grupos anteriormente descritos, quedaría un pequeño núcleo de “disidentes” culturales, aferrados a la idea de la cultura de clase hecha por y para los obreros exclusivamente.

No creo equivocarme si, como resumen final a este cuaderno de bitácora, donde sumaria y modestamente he pretendido dar cuenta de un particular itinerario intelectual, afirmo que en la historia de los proyectos e iniciativas educativo-culturales desarrolladas por el socialismo español durante todo el primer tercio del siglo XX hubo más de buenos propósitos que de realidades palpables, sin ser éstas despreciables. Aunque

⁶ Sobre estas cuestiones puede verse Luis Martín y Arias González, 2002.

el esfuerzo por elevar el nivel intelectual de los obreros fue superior al de épocas anteriores y debe ser ponderado como merece, sobre todo si tenemos en cuenta el desinterés de otros sectores sociales y fuerzas políticas, parece indudable que la construcción de un sólido edificio educativo –que era a lo que se aspiraba– no se había logrado al finalizar la guerra civil. El hecho de que tanto la Fundación Pablo Iglesias como la Editorial del mismo nombre –instituciones que, a juicio de muchos dirigentes, debían constituir la obra cumbre del movimiento socialista en orden a la educación y la cultura de sus militantes– no llegaran a cuajar, confirma, sin lugar a dudas, esta opinión. Cabe concluir, por tanto, que, al margen de éxitos puntuales y concretos –el más significativo se dio en el terreno de la educación reglada, coincidiendo con la llegada de la IIª República y la posibilidad que abrió de materializar una parte del ideario pedagógico defendido por los socialistas– y del reconocimiento al esfuerzo de algunos de sus dirigentes y militantes, el proyecto socialista en el campo educativo y cultural no alcanzó las metas ni cumplió los objetivos con los que sus promotores habían soñado. Con todo, ese proyecto y los esfuerzos que concitó no pueden ser minimizados en absoluto, y más si tenemos presente la realidad económica, social, política y cultural que caracterizó a la España de aquel tiempo. Mi intención no ha sido otra que estudiar uno y otros a través de una propuesta de investigación de la que aquí he procurado dar cuenta, aunque fuera de forma muy sumaria.

REFERENCIAS

- ARIAS GONZÁLEZ, L. y LUIS MARTÍN, F. de (1989). El cuento en la cultura socialista de principios del siglo XX: aproximación a la obra de Juan A. Meliá. *Sistema*, 93, 115-131.
- ARIAS GONZÁLEZ, L. y LUIS MARTÍN, F. de (1998). *La narrativa breve socialista en España. Antología (1890-1936)*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.
- FRANCO FERNÁNDEZ, N. (1998). *Catálogo de la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid (1908-1939)*. Con un estudio de Francisco de Luis Martín y Luis Arias González. Madrid: Comunidad de Madrid-Fundación Francisco Largo Caballero.
- LUIS MARTÍN, F. de (1988). Un proyecto educativo-cultural socialista: la Fundación Cesáreo del Cerro. *Historia de la Educación*, 7, 179-202.
- LUIS MARTÍN, F. de (1988-89). Fuentes para el estudio de la educación del obrero en el socialismo español (1876-1936). *Studia Historica. Historia Contemporánea*, VI/VII, 17-42.
- LUIS MARTÍN, F. de (1989). Un modelo cultural para el socialismo español en los años veinte: la Central de Educación Obrera Belga. *Studia Zamorensia*, X, 89-101.
- LUIS MARTÍN, F. de (1990a). Dos experiencias socialistas de Formación Profesional en el primer tercio del siglo XX: las Escuelas de Aprendices Tipógrafos y de Aprendices Metalúrgicos. *Historia de la Educación*, 9, 233-253.
- LUIS MARTÍN, F. de (1990b). La cultura en la Casa del Pueblo de Barruelo de Santullán: el Cuadro Artístico-Socialista (1918-1936). En *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*. Palencia: Diputación de Palencia, tomo III (vol. II), pp. 819-831.
- LUIS MARTÍN, F. de (1991a). Socialismo y educación en España: las escuelas primarias obreras en la década de los años veinte. *Studia Zamorensia*, XII, 133-153.
- LUIS MARTÍN, F. de (1991b). La formación del obrero en la Europa de entreguerras (1919-1939): las principales instituciones socialistas y las Internacionales Obreras de la Enseñanza. *Studia Historica. Historia Contemporánea*, IX, 23-58.
- LUIS MARTÍN, F. de (1993a). *La cultura socialista en España, 1923-1930*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca-CSIC.
- LUIS MARTÍN, F. de (1993b). Las Juventudes Socialistas como frente cultural-pedagógico del socialismo español: el caso madrileño (1903-1914). *Historia Contemporánea*, 8, 249-267.
- LUIS MARTÍN, F. de (1994). *Cincuenta años de cultura obrera en España, 1890-1940*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- LUIS MARTÍN, F. de (1995a). Aproximación al esperantismo socialista en España. *Aula*, 7, 243-257.
- LUIS MARTÍN, F. de (1995b). Las respuestas obreras a la cultura oficial en la España del primer tercio del siglo XX. En *Cultura y cultu-*

- ras en la Historia. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 169-190.
- LUIS MARTÍN, F. de (1997). *Historia de la FETE (1909-1936)*. Madrid: Fondo Editorial de Enseñanza.
- LUIS MARTÍN, F. de (1998a). La escuela y la educación popular en la España de principios del siglo XX. En *Actas del Congreso Internacional "Los 98 ibéricos y el mar"*, Tomo II: *La cultura en la Península Ibérica*. Madrid: Sociedad Estatal Lisboa '98, pp. 172-203.
- LUIS MARTÍN, F. de (1998b). Consideraciones sobre las relaciones Socialismo-Estado en España (1879-1936). *Historia Contemporánea*, 17, 309-333.
- LUIS MARTÍN, F. de (1999). Cultura y militancia obreras a finales del siglo XIX. En Esteban de Vega, M. y Morales Moya, A. (eds.). *Los fines de siglo en España y Portugal*. Jaén: Universidad de Jaén, pp. 201-220.
- LUIS MARTÍN, F. de (2001a). La educación del obrero en las Casas del Pueblo socialistas. En González de Molina, M. y Caro Cancela, D. (eds.). *La utopía racional. Estudios sobre el movimiento obrero andaluz*. Granada: Universidad de Granada-UGT de Andalucía, pp. 391-422.
- LUIS MARTÍN, F. de (2001b). La enseñanza primaria en la España del siglo XX. En Morales Moya, A. (coord.). *Las claves de la España del siglo XX*, Tomo III: *El Estado y los ciudadanos*. Madrid: Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, pp. 69-102.
- LUIS MARTÍN, F. de (2002a). Alfabetización y prácticas de escritura en los obreros socialistas (1879-1936). En Castillo Gómez, A. (coord.). *La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares*. Gijón: Ed. Trea, pp. 89-128.
- LUIS MARTÍN, F. de (2002b). La formación y la producción cultural e intelectual de Pablo Iglesias. En *Construyendo la modernidad. Obra y pensamiento de Pablo Iglesias*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias, pp. 181-204.
- LUIS MARTÍN, F. de (2002c). *La FETE en la guerra civil española (1936-1939)*. Barcelona: Ed. Ariel.
- LUIS MARTÍN, F. de (2003). "De estrella rutilante a secundario ilustre" o de la historiografía reciente sobre el socialismo en España. *Ayer*, 50, 255-288.
- LUIS MARTÍN, F. de (2004). La cultura socialista en España: de los orígenes a la guerra civil. *Ayer*, 54, 199-247.
- LUIS MARTÍN, F. de (2006). *Magisterio y Sindicalismo en Cataluña. La Federación Catalana de Trabajadores de la Enseñanza. De los orígenes a la Guerra Civil*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- LUIS MARTÍN, F. de (2008). El asociacionismo cultural obrero en la España del primer tercio XX. En De la Calle Velasco, M^a D. y Redero San Román, M. (eds.). *Movimientos sociales en la España del siglo XX*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 45-64.
- LUIS MARTÍN, F. de (2009). Familia, matrimonio y cuestión sexual en el socialismo español (1879-1936). En *La Familia en la Historia*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 261-291.
- LUIS MARTÍN, F. de y ARIAS GONZÁLEZ, L. (1991). Mentalidad popular y subliteratura política durante la guerra civil: el concurso de cuentos antifascistas de Gijón (1937). *Bulletin Hispanique*, 93(2), pp. 403-421.
- LUIS MARTÍN, F. de y ARIAS GONZÁLEZ, L. (1996). Iconografía obrera: imágenes y símbolos visuales del 1º de mayo en "El Socialista" (1893-1936). *Revista de História das Ideias*, 18, 63-114.
- LUIS MARTÍN, F. de y ARIAS GONZÁLEZ, L. (2002). "Mentalidad" y "Cultura" obrera en la España de entresiglos: vindicaciones, planteamientos e incertidumbres historiográficas. *Historia Contemporánea*, 24, 389-427.
- LUIS MARTÍN, F. de y ARIAS GONZÁLEZ, L. (2003). Realidades y supuestos en torno a la cultura militante. Segunda República y Guerra Civil. En Uría, J. (ed.). *La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 187-210.
- LUIS MARTÍN, F. de y ARIAS GONZÁLEZ, L. (2009). *Centros obreros y Casas del Pueblo socialistas en España, 1900-1939*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias.